

Discurso de la entrega Premio Rómulo Gallegos 2015

Señor Presidente de la República Bolivariana de Venezuela: Nicolás Maduro

Señor Presidente y señora directora de la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos: Roberto Hernández Montoya y Mariclen Stelling.

Señores y señoras integrantes del Celarg

Señores miembros del Jurado Rómulo Gallegos: Javier Vásconez, Mariana Libertad Suárez y Eduardo Lalo

Señor Gabriel Iriarte y señora Ana Roda: Editores de Penguin Random House, Colombia.

Señora María Elena Rodríguez: directora editorial de Monte Ávila editores.

Alejandra Toro, esposa mía, Sara Montoya y Eloísa Montoya, hijas mías.

Amigos y lectores.

Respetable audiencia:

Desde tiempos antiguos el hombre ha puesto de manifiesto su sensación de desamparo ante el horizonte que el mundo y sus sociedades le han ofrecido. Es una permanencia tan inobjetable que me atrevería a pensar que es ella la que sostiene ese particular tinglado que hemos convenido en llamar arte. El desamparo está, como una marca indeleble, en el tramo que va del nacimiento a la muerte. Yo me he apoyado en esta certeza para escribir la novela que ha sido

merecedora del premio Rómulo Gallegos este año. La frase “nuestra condición es el desamparo” la tomé de Reinaldo Arenas, ese cubano alucinante que atravesó un mundo poblado de persecuciones. Pero sé que ella la pudo haber dicho Homero, Ovidio o Marco Aurelio. Que fue el asidero de Dante, Villon o Pascal. Que se envolvieron en sus pliegues Montaigne, Shakespeare y Cervantes; y más tarde Melville, Dostoievski y Kafka. A ese desamparo de la existencia que provocan la naturaleza y los mismos hombres también lo hemos llamado exilio o destierro; desgracia o infortunio. Pero si nuestros ancestros, aquellos que van desde la antigüedad hasta el siglo XIX, conocieron bastante bien esas inclemencias del cuerpo y del espíritu, quienes habitamos el planeta ahora tenemos suficientes razones para creer que desde el siglo XX hasta hoy nos ha correspondido la suerte de vislumbrar algunos extremos de la intemperancia. Pero esto, repito, no es nada nuevo. Ya Sófocles lo decía hace más de dos mil quinientos años: “No es la sabiduría la que se obstina entre nosotros, sino la necesidad”. Esta continuidad en las tribulaciones que nos visitan es lo que yo he tratado de recrear en *Tríptico de la infamia*. Y lo he hecho tomando como ejes la vida de tres artistas del siglo XVI que padecieron los acosos de las pugnas religiosas europeas y las jornadas bélicas de la conquista americana.

¿Por qué me he preocupado por tres pintores en cierta medida desconocidos?

¿Por qué, en mis anteriores novelas, he puesto como protagonistas a un poeta romano libertino, a un fotógrafo francés obsesionado por la desnudez humana y a un naturalista neogranadino extraviado en las guerras de Independencia? La respuesta es sencilla: porque todos ellos intentan crear –los unos pinturas, el otro poemas, el de más allá daguerrotipos y el último herbarios- en medio de ámbitos turbulentos y represivos. Porque creo que, como una antorcha, que está siempre a punto de apagarse, el arte es una de las maneras que existen para dignificar al hombre en su capacidad de resistencia y la más paradigmática para mostrar su deterioro. La labor del artista es necesaria: iluminar algún pedazo de ese territorio en brumas que siempre, a toda hora, está circundándonos. Sé que llevo en mi sangre y también en mi conciencia una cierta inclinación hacia la desesperanza. Hasta tal punto que muchas veces, y esto me lo ha enseñado el tránsito por Voltaire, he concluido que ser optimista en estos tiempos es ser ingenuo, o estar atrapado en las trampas de la sociedad de consumo, o en esas otras que tejen los populismos políticos, religiosos y culturales. Sí, les confieso, soy un escritor fascinado por observar el lado oscuro de la humanidad. Pero no he caído, al menos en los libros que he escrito hasta hoy, y sé lo atractivo que son tales

fondos, en la fascinación de la catástrofe, ni me he arrojado, enardecido y vociferante, al túnel del nihilismo.

Lo que he intentado hacer en *Tríptico de la infamia*, permítanme contarles, es asomarme, y de mi mano he procurado que el lector a su vez lo haga, al horizonte renacentista y extremista del siglo XVI. Un siglo vandálico como pocos. Un siglo en el que los hombres se enfrascaron en guerras fieras por problemas teológicos, y no lograron superar su ambición desproporcionada de riqueza. Pero, en estos tiempos modernos, ¿hemos superado esas dos trabas enormes, el dinero y la religión, para para que podamos tener un digno bienestar? El ser humano sigue siendo manipulado por esas tres grandes imposturas de la fe monoteísta, como las llamaba Marguerite Yourcenar, el cristianismo, el judaísmo y el islamismo. Ante ellas seguimos inclinando nuestro ser y padeciendo castigos terribles cuando nos oponemos o criticamos sus designios. Y en el caso de las coordenadas americanas, sigue campeando, incesante y poderosa, una colonización económica y espiritual. La espada y la cruz continúan, sin duda, ejerciendo su doble expoliación.

En el siglo XVI América, muchísimo más que Europa, sufrió hasta límites inconcebibles. La población indígena padeció el que es tal vez el genocidio más implacable de todos los que el hombre dominador ha infligido sobre el hombre dominado. Y luego vino el destino de la población negra que arribó a este continente. Los mares se tiñeron de sangre por un comercio espurio que unió a Europa con África y América. Y de él, de los milagrosos sobrevivientes de la esclavitud, habría de surgir una clave más, atravesada de ignominia, de nuestro sincretismo. No hay primeros, segundos o terceros puestos en estas calamidades que atraviesan de principio a fin la historia de las civilizaciones. Creo que es infausto gritar, con un dolor cierto por supuesto, que nuestra pesadumbre es mayor que la de los otros. En estos ámbitos todos los daños son equiparables y aunque aparecen actualmente aquí y allá perdones simbólicos de los representantes de los pasados victimarios, vacilo en creer si ellos serán capaces de provocar un consuelo en los descendientes de las víctimas que siguen siendo ultrajados sistemáticamente. Sí, nuestra raíz fundacional, en tanto que americanos, está envilecida. Envilecimiento que se ha nutrido desde antaño de una arrasadora avidez espiritual y material. Por un lado, el control religioso de las almas y, por el otro, el control de las riquezas de la tierra. A mi generación, e inexplicablemente continúa sucediendo esto con los niños y adolescentes de

ahora, se le enseñó que la conquista de América había sido un acto heroico, la gesta de un grupo de valientes conquistadores que lograron imponer su cultura y crear así uno de los pilares de la civilización latinoamericana. Algo de esto puede ser cierto. No desconozco los valores del mestizaje que ya muchos han encomiado. Pero nada ni nadie logrará negarme la evidencia de que ese acontecimiento, que atravesó con un puñal vergonzoso el horizonte del siglo XVI, está cimentado no en la desgracia de una tragedia humana, sino en la consternación de un crimen gigantesco. Crimen en el que todos, los del pasado, el presente y el futuro, debido a la sucia continuidad histórica de la impunidad, estamos inevitablemente involucrados.

Sin embargo, frente a ese pasado execrable y ante un presente que para mí es inciertamente promisorio, hay una circunstancia a la que me he aferrado con una convicción absoluta. Esa circunstancia es la palabra, tanto la dicha como la escrita. Creo en el poder restaurador de la palabra a sabiendas de que ella también es un arma que hiere y provoca rencor. Creo en su capacidad de hundirnos en el centro mismo del tormento, pero también en su poder supremo de cicatrización. Sé que ella me ha permitido salir adelante cuando he decidido sumergirme en las tinieblas del ayer. Y entiendo que este logro en mi proceso

creativo se ha dado porque no he olvidado jamás que su condición está afincada en la belleza. Soy, y esta es una confesión que me permito hacerles con todo respeto, un escritor que cree en la belleza. O al menos que piensa que la existencia, ciertos momentos intensos de la vida, están insuflados por la incesante búsqueda de ella. Y que son esos momentos, apurados en soledad o en compañía, los que han impedido que yo haya tomado el camino del total escepticismo. Sí, la novela en la que generosamente se ha detenido el jurado del premio Rómulo Gallegos, está atravesada de masacres y el dolor palpita en esas páginas como un corazón malsano. Pero también la nutre la búsqueda infatigable de los secretos de la creación artística. La belleza, la sensación permanente de que ella se levanta como un acertijo y un enigma, es ese ardor que siempre ha estimulado mi escritura.

Quisiera por un momento, y sería imposible no hacerlo, referirme a mi procedencia. Ella se une, irremediabilmente, a mi labor de escritor. Vengo de un país llamado Colombia, que es como decir vengo del fuego y el oprobio, del resentimiento y la rabia. Es verdad, por lo demás, que he tenido como uno de mis credos esenciales las palabras de Séneca cuando este le dice a su amigo Lucilio: “Hay que vivir con esta persuasión: no he nacido para un solo rincón, mi patria es

todo el mundo visible”. Y que la experiencia del exilio que me ha dejado el paso por otras latitudes me hace sentir un hombre de todas partes y de ninguna. Pero, ¿Qué sucede cuando ese territorio visible, más o menos inmediato que llamamos patria, está degradado? ¿Podemos sentirnos acogidos por él? ¿Podemos sentirnos vivos y plenos en una patria enferma? En realidad, formo parte de una generación de colombianos que ha atravesado un campo minado en el que la vida no ha tenido valor. Y si ha tenido alguno, este ha sido rebajado a niveles vergonzosos. La violencia ha caído sobre nosotros como un animal hambriento. Nuestros padres fueron asesinados, nuestros abuelos despreciados y nuestros bisabuelos una vez más humillados y exterminados. Hemos sido una nación ejemplarmente agresiva y ajena a creer que solo en fundamentos cívicos y éticos es posible construir algo parecido a una sociedad justa. Desde que se logró eso que llamamos Independencia no hemos parado de hacernos la guerra. Y la de ahora, es una mentira amañada afirmar que lleva cincuenta años. Ella no es más que una continuación sórdida de las guerras del siglo XIX, surgidas siempre por leyes arbitrarias que han repartido la tierra en manos de unas pocas y devastadoras familias. Y como ocurre en todas las guerras, esta tiene un rostro deforme y sus pretensiones están enraizadas en el engaño. Demuestra, con amplitud, que en Colombia hemos sido gobernados por una clase política voraz y

corrupta. A la cual ha respondido una subversión frenética y errática. Y entre ellas, o al lado de ellas, o producto de ellas, porque desde la Colonia hemos sido un territorio sometido por el contrabando y la rapiña, se ha instalado el narcotráfico. Y de esta confabulación han surgido las bestias del paramilitarismo y las bandas criminales. Nuestra geografía se ha llenado de muchedumbres que huyen porque implacablemente se les ha despojado no solo de sus seres queridos, sino de la tierra, el paisaje y hasta de la lengua misma. Esta última, la morada que amamos y que es la que nos convoca en este momento bajo la figura tutelar del escritor Rómulo Gallegos, también ha sido reducida a condiciones grotescas. A veces he pensado que a Borges, quien escribió una historia universal de la infamia, le faltó para que su compendio fuera más cabal referirse a las coordenadas colombianas. Con todo, la sociedad civil ha enfrentado esta coyuntura aniquiladora en medio de la impotencia, la indiferencia y la resistencia. Y es difícil entender cómo hemos tenido fuerzas para amar, para reír y asombrarnos ante la vida que surge desbordante e imparable. Porque es verdad que también vengo de un país en el que el abrazo y la fraternidad son una permanencia irrefragable. Y es que así ha sido siempre la criatura humana. Entre el vaho y los abismos que la cercan, sigue empeñada en aferrarse a la esperanza y el sueño.

Esta doble faz, la del horror y la epifanía, la de la belleza y el sufrimiento es la que he tratado de reflejar en mis libros y muy especialmente en la novela que hoy se premia en esta sala. Y la verdad es que, aún sorprendido por este inmenso reconocimiento, debo manifestar a los miembros del jurado, al Celarg y a los venezolanos mi entera gratitud. Su gesto, a la vez magnánimo y temerario, ya que se ha premiado a un escritor completamente desconocido en el panorama hispanoamericano, me conmueve y me honra. Y entiendo que el Rómulo Gallegos, el más prestigioso en la narrativa en lengua española, se le ha otorgado a un libro dueño de ciertas particularidades. Su fuerte vínculo entre investigación histórica e imaginativa recreación del pasado. Su factura estética que se la juega sin vacilaciones por los abrazos entre narración, ensayo y poesía. Un universo, en fin, que ha bebido de Alejo Carpentier, Pablo Neruda y Álvaro Mutis, mis maestros en los primeros años del aprendizaje literario; y de Augusto Roa Bastos, Juan José Saer y Manuel Mujica Láinez, otros guías fundamentales de los años de la madurez.

Mi obra, y así concluyo estas palabras, ha sido escrita desde hace más de veinte años desde una cierta periferia. La periferia que representan todas las ciudades colombianas que no son Bogotá. La periferia de mi condición de inmigrante

latinoamericano en Europa. Tal coyuntura la ha lanzado a unas zonas de silencio que me han parecido ásperas pero también afortunadas. Distante de las ferias de las vanidades letradas, desdeñoso del poder cultural, el ocultamiento me ha brindado la coraza de la autonomía. He escrito y seguiré haciéndolo con la conciencia de que escribir, como decía Albert Camus, es un acto solitario y solidario. Sabiendo que mi atalaya está sembrada en el cotidiano ejercicio de la disidencia. Y teniendo en cuenta que la única responsabilidad que tiene el escritor con sus lectores, es decir, cuando se sienta ante el azaroso vacío de la página en blanco, es trazar de la mejor manera la escurridiza palabra.

Pablo Montoya

Caracas 2 de agosto de 2015